

Colosenses 1.15–20

La grandeza de Cristo

Es una transición la que se da en la carta a los colosenses en 1.15–20. Pablo llegó al final de su saludo en el comentario que hace de las oraciones que él y sus acompañantes elevaban a favor de los colosenses. Luego pasó a exaltar la grandeza, la naturaleza y la posición de Jesús. Escribió que Jesús es 1) la imagen de Dios, que se menciona en otros dos pasajes del Nuevo Testamento (2ª Corintios 4.4; Hebreos 1.3); 2) el primogénito de toda creación; 3) el Creador de todas las cosas; 4) antes de todas las cosas; 5) el Único que sustenta todas las cosas; 6) la cabeza de la iglesia; 7) la fuente de la creación; 8) el primogénito de entre los muertos; 9) quien tiene la preeminencia en todo; 10) lleno de toda la plenitud; y 11) la base de la reconciliación entre Dios y el hombre.

Algunos comentaristas creen que los versículos 15 al 20 constituyen un himno usado por la iglesia primitiva. Se cree que los versículos 15 al 17 son paralelos de los versículos 18 al 20 y que, después de un poco de reconstrucción, una métrica como esta de himnos primitivos, se encuentra en estos versículos. La entrada de Jesús en el mundo y Su salida de este, también es expresada en 1ª Timoteo 3.16, el cual se considera un himno de la iglesia primitiva. Algunos creen que Pablo incluyó dichos himnos conocidos de la iglesia primitiva con el fin de aumentar sus comentarios relacionados con la grandeza de Jesús. (Vea 1ª Timoteo 1.15; 3.1; 4.8–9; 2ª Timoteo 2.11–13; Tito 3.4–8.)

Otra afirmación es que Pablo, al presentar sus enseñanzas sobre Cristo, estaba respondiendo a errores de la doctrina gnóstica relacionada con Este. Esto parece poco probable, porque a esas alturas, eran solamente las semillas del gnosticismo las que se estaban propagando, y esa doctrina no se desarrolló plenamente sino hasta en el siglo segundo. No obstante, el comentario de Pablo acerca de Jesús

incluía información que desmiente el pensamiento gnóstico.

LA IMAGEN DEL DIOS INVISIBLE Y EL PRIMOGÉNITO DE TODA LA CREACIÓN (1.15)

¹⁵El es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación.

«El es la imagen del Dios invisible» (1.15a)

Pablo se refirió a Jesús como la **imagen del Dios invisible**. El término griego para «imagen» (εἰκών, *eikōn*) puede transliterarse por «ícono» y significa « semejanza ». Las iglesias Ortodoxas Orientales tienen « íconos », esto es, cuadros o representaciones en relieve de Jesús, de María y de varios santos. Jesús es el « ícono » del Padre, la única verdadera manifestación y perfecta representación de Dios. El uso de la palabra « imagen » en este versículo, es diferente del significado del cuadro que muestra la apariencia externa y que no puede revelar la persona ni la personalidad interna. Jesús es la imagen perfecta del Padre porque posee lo completo de la personalidad y divina naturaleza de Este. Él ha hecho visible y comprensible al Dios invisible. Por medio de Él la plenitud de Dios ha sido revelada.

Jesús vino a revelar el Padre a la humanidad (Juan 1.18). Los que ven a Jesús también ven al Padre (Juan 12.45; 14.9). «... [Él es] el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia» (Hebreos 1.3a). En todas las cosas Él es la misma sustancia, naturaleza, gloria y carácter del Padre. Él representa el ser mismo de Dios. La idea de «el Verbo» (λόγος, *logos*; Juan 1.1, 14) es que Jesús es la verdadera expresión de Dios para todas las personas. La semejanza sobre la cual estaba escribiendo

Pablo no es sencillamente Jesús tal como Él era en la carne, sino Jesús como el Ser eterno.

Jesús no hubiera podido mostrar el Padre a la especie humana, si Él mismo no fuera Dios; en este caso sería menos que una verdadera representación del Padre. Los judíos entendieron que cuando Jesús llamó a Dios Su Padre, y afirmó ser el Hijo de Dios, estaba afirmando que en Su naturaleza misma, Él es «Dios» (Juan 10.32–36).

La unidad de Jesús con el Padre, también indica que ellos tienen la misma naturaleza. Después de aseverar «Yo y el Padre uno somos» (Juan 10.30), Jesús explicó la naturaleza de esta unidad, diciendo: «... el Padre está en mí, y yo en el Padre» (Juan 10.38; vea también 14.10–11, 20). Los seres materiales no pueden ser uno en el mismo sentido de que lo son el Padre y el Hijo.

En la existencia prehumana y posthumana de Jesús, Él poseyó y ahora posee la gloria y la naturaleza del Padre. En todo momento Él ha sido partícipe de la actitud, el carácter y los pensamientos del Padre. Existe perfecto acuerdo en todos los aspectos de la composición espiritual y mental de ellos. Por esta razón, Jesús es la representación perfecta del Padre. Él y el Padre tienen la misma visión del mundo, la misma visión espiritual, eterna y moral. Si una persona entiende la perspectiva y el punto de vista de Jesús, también entiende al Padre en estos mismos aspectos. Los que «ven», o comprenden, la naturaleza de Jesús, entienden la naturaleza del Padre.

El hombre tuvo algunos vislumbres de Dios, pero no tuvo la revelación completa de Su naturaleza, sino hasta que Jesús vino. Jesús explicó a Tomás: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Juan 14.9b; vea Juan 12.45). Jesús era Dios personificado en carne humana (Juan 1.14; 1^{era} Timoteo 3.16).

En vista de que Dios es invisible, a Él no se le puede entender a partir de un enfoque material. Él no puede ser representado, ni es representado, por la obra realizada materialmente por artesanos. Cuando la Ley fue dada, ninguna forma de Dios se vio. Por esta razón, no debe hacerse ninguna representación física de Él (Deuteronomio 4.15–18).

Moisés vio la espalda de Dios, pero no vio Su rostro (Éxodo 33.20–23); pues nadie puede ver Su rostro y vivir. Puede ser que Dios hubiera transformado los ojos de Moisés de modo que pudiera ver lo que los ojos humanos son normalmente incapaces de ver. Dios, en Su glorioso esplendor, no ha sido visto y no puede ser visto con ojos humanos (Juan 1.18; 6.46). Mientras una persona se encuentre en el cuerpo humano, ella no puede ver a Dios (1^{era} Timoteo 6.16; 1^{era} Juan 4.12). No es sino

hasta que sea transformado en cuerpo espiritual (1^{era} Corintios 15.44; Filipenses 3.21) que un cristiano puede ver a Dios y mirar el rostro de Este (1^{era} Juan 3.2; Apocalipsis 22.4).

«... el primogénito de toda creación» (1.15b)

Pablo también se refirió a Jesús como **el primogénito**. La expresión «primogénito» (πρωτότοκος, *prōtotokos*) es usada en otro pasaje del Nuevo Testamento (Hebreos 1.6; Apocalipsis 1.5). Está relacionada con la palabra «prototipo». Según Eduard Schweizer, «... esta expresión no indica necesariamente un hermano mayor, sino solamente la posición especial de uno que es amado por su padre».¹

El primogénito de la familia hebrea, tenía un estatus superior. Él recibía la bendición del padre (Génesis 27.1–4, 19, 34–37) y la primogenitura (Génesis 43.33). Había de ser respetado como líder entre sus hermanos, como lo fue Rubén, el mayor de los hijos de Jacob (vea Génesis 37.22–23). Había de recibir doble porción de la herencia en comparación con lo que recibían los demás hermanos (Deuteronomio 21.17). Aunque en muchos casos se usó «primogénito» para indicar al hijo que nació primero (Génesis 19.34; 27.19), también se usó para indicar a aquel a quien en mayor estima se tenía o más se amaba.

A Israel se le llama el primogénito de Dios (Éxodo 4.22). A David se le refiere como el primogénito (Salmos 89.27), y también a Efraín (Jeremías 31.9). A los cristianos también se les considera primogénitos (Hebreos 12.23), aunque hayan nacido en diferentes momentos. Israel era la nación privilegiada de Dios, no una nación que naciera primero entre las demás. David era el octavo en su familia (1^o Samuel 16.10–11), y Efraín era el segundo hijo de José (Génesis 41.51–52). El uso de «primogénito» en estos pasajes no puede referirse a los que nacieron primero; en realidad se refiere al estatus y los privilegios del primogénito.

Que la frase «primogénito de toda creación», no puede significar que el Hijo mismo, también, sea una creación, el primero de un largo linaje, está claramente establecido por el versículo 16. Él es anterior a toda criatura, distinto de toda criatura, y altamente exaltado sobre toda criatura. Como primogénito, él es el heredero y gobernador de todos.²

¹ Eduard Schweizer, *The Letter to the Colossians: A Commentary (La carta a los Colosenses: Un comentario)*, trad. Andrew Chester (Zürich: Benzinger Verlag, 1976; reimpresión, Minneapolis: Augsburg Publishing House, 1982), 67–68.

² William Hendriksen, *Exposition of Colossians and Philemon (Exposición de Colosenses y de Filemón)*, New Testament Commentary (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1964), 72.

Algunos consideran a Jesús el primogénito, tal como se menciona aquí y en otros lugares (Romanos 8.29; Colosenses 1.18; Hebreos 1.6; Apocalipsis 1.5), debido principalmente a que fue el primer hijo de María, el primogénito de la familia de José. No obstante, este no es el significado probable. En este contexto, Pablo estaba presentando a Jesús como el Único que tiene el prestigio y el honor del primogénito en relación con todo lo que ha sido creado. Como primogénito que Él es, tiene «preeminencia y dominio y soberanía».³

H. C. G. Moule señaló que el Salmo 89.27 hace «la aplicación judeo-palestina [...] del título de “primogénito” al Mesías».⁴ Este autor afirmó además, en relación con el término «primogénito», lo siguiente:

Estudiado dentro del uso que se le da, y dentro de estas relaciones, la palabra denota por lo tanto a) *Previa existencia*, de modo que EL HIJO aparece como antecedente del Universo creado, y por lo tanto pertenece al Orden eterno del ser (vea el contexto que sigue); b) *Señorío sobre «toda creación»*, concedido por este derecho de primogenitura eterna [existir primero].⁵

Los Testigos de Jehová enseñan que, como «primogénito», Jesús fue el primero de la creación de Dios. Esto es lo que dicen:

[A Jesús] también se le llama el «Primogénito» de Dios, así como Hijo «unigénito» de Él. (Juan 1.14; 3.16; Hebreos 1.6). Esto significa que fue creado antes que los demás hijos espirituales de Dios, y que él es el único que fue creado directamente por Dios. La Biblia explica que este Hijo «primogénito» participó con Jehová en la creación de todas las demás cosas. (Colosenses 1.15–16)⁶

La Traducción del Nuevo Mundo, que usan los Testigos de Jehová, añade la palabra «demás» en Colosenses 1.16: «Porque en él fueron creadas todas las [demás] cosas» (énfasis nuestro).⁷ La implicación

³A. T. Robertson, *Paul and the Intellectuals: The Epistle to the Colossians (Pablo y los intelectuales: la epístola a los Colosenses)*, rev. y ed. W. C. Strickland (Nashville: Broadman Press, 1959), 44.

⁴H. C. G. Moule, *The Epistles to the Colossians and to Philemon (Las epístolas a los Colosenses y a Filemón)*, The Cambridge Bible for Schools and Colleges (Cambridge: University Press, 1893; reimpresión, 1902), 77.

⁵Ibíd.

⁶Watch Tower Bible and Tract Society of Pennsylvania, *You Can Live Forever in Paradise on Earth (Usted puede vivir para siempre en el paraíso sobre la tierra)* (Brooklyn, N. Y.: Watchtower Bible and Tract Society of New York, 1982), 58.

⁷*The New World Translation of the Holy Scriptures (Traducción del Nuevo Mundo de las Sagradas Escrituras)* (Brooklyn, N. Y.: Watchtower Bible and Tract Society of New York, 1961), 1274.

es que Jesús fue creado primero, y que luego Él creó todo lo demás. Esto lo hace un ser creado al igual que los ángeles. Jesús no es un ángel; Él está por encima de los ángeles y ha de ser adorado por estos (Hebreos 1.4, 6).

El texto del Nuevo Testamento griego asevera: ἐν αὐτῷ ἐκτίσθη τὰ πάντα (*en autō ektisthē ta panta*, «en él fueron creadas todas las cosas»). La palabra «demás», ni aparece en el texto griego ni está implícita en este. La palabra «demás» está insertada como un comentario teológico injustificado y no como una traducción cuidadosa del texto griego. Jesús creó todas las cosas que han sido creadas, «y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho» (Juan 1.3). Esta verdad prueba de modo concluyente que Él no es un ser creado, a menos que Él se creara a sí mismo. Los intérpretes de la Traducción del Nuevo Mundo entendían que el hecho de que Él creó todas las cosas, era un problema para su posición teológica; por lo tanto, añadieron la palabra «demás» para dar a entender que Él no creó *todas* las cosas, sino que creó todas las *demás* cosas, exceptuándose a sí mismo.

Jesús no puede ser el primer ser que fue creado ni el primero que fue nacido de Dios. Él es eterno (Miqueas 5.2), sin comienzo ni fin (Hebreos 7.3). Él es el primogénito en el sentido de que tiene la más alta posición de honor, y no el primogénito en el sentido de secuencia en el nacimiento o en la creación.

Pablo se refirió a Jesús como «el principio» (Colosenses 1.18). Esta aseveración y la aseveración de Juan en el sentido de que Jesús es «el principio de la creación de Dios» (Apocalipsis 3.14b) han sido malinterpretadas por los Testigos de Jehová. En relación con la palabra «principio» en Apocalipsis 3.14b, el pie de página de la NASB está en lo correcto al aseverar: «I. e. Origen o Fuente». Algunos otros pasajes del Nuevo Testamento usan «principio» en este sentido. La palabra «principio» (ἀρχή, *archē*) puede significar el punto de partida y el momento en que algo comenzó (Mateo 24.8, 21). También se usa para referirse a la causa primera, la fuente que causó el comienzo. En el libro de Apocalipsis, Juan la usó de este modo cada vez que se refirió a Jesús (21.6; 22.13). Él es el «principio y el fin», el Único que hizo que todas las cosas comenzaran y el Único que hará que todo llegue a su fin.

Si en los pasajes de Apocalipsis, «principio» no se toma como «fuente», entonces «fin» no debe interpretarse como «fuente». La conclusión sería que Jesús tuvo un principio y llegará a un fin, lo cual no es cierto. El significado es que Jesús es la fuente del principio y también es la fuente del «fin». Él es

el «principio» de toda creación, el Único que hizo que todas las cosas fueran creadas.

A Albert Einstein podía llamársele «el principio de la Teoría de la Relatividad». Tal aseveración no significaría que la Teoría de la Relatividad produjo el principio de Einstein. Antes, significaría que, como la fuente, él originó tal teoría. Lo mismo se puede decir en relación con Jesús: Él es la fuente y la causa de la creación, el Único por quien todo ha llegado a existir.

En Juan 1.14 a Jesús se le llama el «unigénito» (μονογενής, *monogenēs*), una combinación de *mono*, que significa «uno», y *genos*, que podría traducirse por «descendiente, rasgo o especie».⁸ La idea de origen, en el sentido de haber sido concebido, no es inherente a la palabra. El significado es «de una sola especie, único en su naturaleza, en una categoría ocupada únicamente por él». *Monogeneēs* se usa para hacer referencia a un hijo único (Lucas 7.12; 9.38), a la hija de Jairo (Lucas 8.42), y a Isaac (Hebreos 11.17). Abraham tuvo otros hijos además de Isaac, incluyendo a Ismael, que tuvo con Agar (Génesis 16.15) y a otros seis que tuvo con Cetura (Génesis 25.1–2). Sin embargo, Isaac era el hijo unigénito de Abraham, un hijo único, el único en esa categoría.

Jesús no fue concebido en el sentido de tener origen. Él es único en su especie, único en su naturaleza, que ocupa una categoría por sí solo en Su relación con el Padre. La palabra *monogeneēs*, en referencia a Jesús, se traduce por «unigénito» solamente cinco veces en el Nuevo Testamento (Juan 1.14, 18; 3.16, 18; 1^{era} Juan 4.9). Esta expresión no debe interpretarse en el sentido de que Jesús tuvo un principio.

El siguiente es un buen resumen que sustenta el anterior punto de vista:

- 1) Los léxicos clásicos sustentan este significado (p. ej., vea MM, pp. 416f; Bauer, rev., p. 527).
- 2) Los antiguos manuscritos en latín tradujeron *monogenes* por el latín *unicus* («único») en lugar de *unigenitus* («único engendrado»). En la Vulgata, Jerónimo cambió *unicus* a *unigenitus* («único engendrado») por razones teológicas, esto es, para garantizar la doctrina en el sentido de que Jesús fue «engendrado, no hecho». (En pasajes que carecen de este interés teológico [Lucas 7.12; 8.42; 9.38] él mantuvo *unicus* como la traducción del griego *monogenes*.) La Vulgata ejerció una formidable influencia en la AV y en traducciones inglesas subsiguientes.

⁸Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature (Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y de otra literatura cristiana primitiva)*, 3^a ed., rev. y ed. Frederick William Danker (Chicago: University of Chicago Press, 2000), 194.

3) La versión LXX usa *monogenes* para el hebreo *yahid* y el uso que hace el Nuevo Testamento del término en Lucas 7.12; 8.42; 9.38; Hebreos 11.17 sustenta claramente el significado de «único». 4) La referencia que se hace en 1^{era} Clemente 25.2 al ave fénix (que no fue ni nacida ni engendrada) como *monogenes* exige el significado «el único de su especie». 5) El énfasis que hace Juan en la singularidad de Jesús como *monogenes* es subrayado por el hecho de que él reserva el término *huios* únicamente para Jesús; llamando a los creyentes *tekna*, esto es, «hijos».⁹

Jesús es la fuente de todas las cosas que han sido creadas. Como Creador de todas las cosas, Él es superior a todo lo que ha sido creado. Él es el único Hijo de Dios y no hay otro en su categoría.

EL CREADOR DE TODAS LAS COSAS (1.16)

¹⁶Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él.

Después de mostrar que Jesús es la imagen del Dios invisible y el primogénito de toda creación (vers.º 15), Pablo se volvió a la majestuosa verdad en el sentido de que Jesús es el Creador de todas las cosas. Los versículos 16 y 17 contienen frases clave que deben entenderse si uno ha de entender la relación de Jesús con la creación.

«Porque en él fueron creadas todas las cosas» (1.16a)

Este versículo comienza con la palabra **Porque** (ὅτι, *hoti*), que señala una oración explicativa. Conecta los versículos 15 y 16, al indicar que las siguientes aseveraciones son prueba de la precedencia y el señorío de Jesús que se acaban de analizar.

La expresión **creadas** (ἐκτίσθη, *ektisthē*, de la raíz κτίζω, *ktizō*) significa «que su existencia se produjo a partir de nada». Jesús es «primogénito», esto es, superior a toda creación, «porque» o debido a que Él creó todas las cosas. «... tiene mayor honra que la casa el que la hizo» (Hebreos 3.3b). Su posición y honra como Hijo primogénito se basan en el hecho de que creó **todas las cosas**, las cuales incluyen «los cielos y la tierra» (Génesis 1.1) y todo el cosmos.

La preposición que se traduce por **en** es la pa-

⁹C. B. Hoch, Jr., “Only Begotten” («Único engendrado»), en *The International Standard Bible Encyclopedia*, rev., ed. Geoffrey W. Bromiley (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1987), 3:606.

labra griega ἐν (*en*). Hay quienes piensan que esta preposición debe conservar su significado básico de «en»: «La preposición “en” denota a Cristo como la “esfera” dentro de la cual la obra de creación tiene lugar».¹⁰

En todos los pasajes neotestamentarios relacionados, la participación de Jesús en la creación es expresada por la preposición διὰ (*dia*), que significa «por» (Juan 1.3, 10; 1^{era} Corintios 8.6; Hebreos 1.2). Todo lo que fue creado, fue creado «por» Jesús. Él fue el agente, la causa mediadora, por la cual todo fue creado.

Tanto el Padre como el Hijo participaron en la creación. El hecho de que Dios creara los cielos y la tierra y de que Jesús creara «todas las cosas» significa que Jesús es Dios, pero no es el Padre; como Hijo que es, Él cooperó con el Padre en el proceso creativo.

Son tres proposiciones las que se dan para la existencia del universo y todas las formas de vida: 1) Fueron creadas o no fueron creadas. 2) Fueron diseñadas o no fueron diseñadas. 3) Fue una inteligencia o ninguna inteligencia lo que las hizo existir.

Si el universo no fue creado, entonces la materia es eterna. Sin embargo, los científicos han determinado que la materia no es eterna, lo cual significa que debió de haber sido creada. El hidrógeno insustituible que sirve de combustible a las estrellas del universo, se está acabando. Tal uso de energía no se ha mantenido para siempre y no puede mantenerse para siempre. En algún momento, al universo se le tuvo que dar su energía. Debió de haber tenido un principio.

Si el universo tuvo un principio, entonces, o fue diseñado o no fue diseñado. Muchos aspectos del universo, tal como el movimiento de los cuerpos celestiales, la ecología de la tierra y la naturaleza de los organismos vivos, dan muestras de diseño. Si hay diseño, entonces la fuerza que los creó debió de haber tenido la capacidad para diseñar.

El diseño del universo fue producido, o por una inteligencia o por ninguna inteligencia. ¿Cómo pudieron desarrollarse por separado el macho y la hembra de modo que pudieran reproducirse? Millones de años de evolución no dan la respuesta. Todas las especies tenían que reproducirse en una generación o extinguirse. La reproducción y muchos otros aspectos de la naturaleza dan muestras de diseño inteligente, el cual la

¹⁰ E. K. Simpson y F. F. Bruce, *Commentary on the Epistles to the Ephesians and the Colossians (Comentario sobre las epístolas a los efesios y a los colosenses)*, The New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1957), 197.

materia no puede producir. Sin la ayuda de una inteligencia, la materia tiende al caos y no a la organización. En vista de que cuando no hay una inteligencia de por medio, no existe la capacidad de diseñar, la conclusión lógica es que algún diseñador inteligente, esto es, Dios, creó el universo.

La Biblia presenta argumentos básicos para un universo creado:

Los cielos cuentan la gloria de Dios (Salmos 19.1a).

Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa (Romanos 1.20).

Porque toda casa es hecha por alguno; pero el que hizo todas las cosas es Dios (Hebreos 3.4).

Para poder desechar la creación del universo por parte de un Ser inteligente, uno debe tener *fe* en que la materia es eterna, que tiene la capacidad de diseñar las muchas diferentes formas de vida, y que puede mantener orden en el universo. Esto exige que se nieguen principios científicos. Algunos pocos ejemplos de estos principios son que la vida procede de la vida, que la energía que se consume exige una fuente de energía, que la inteligencia procede de la inteligencia, y que el diseño es resultado de un diseñador. Los llamados no creyentes están obligados a creer en milagros de la naturaleza en lugar de creer en el ingenio creativo de un Dios que todo lo sabe y todo lo puede.

El gnosticismo que se desarrolló en el siglo II negaba algunas de las enseñanzas básicas del cristianismo. Sus partidarios enseñaban que Dios, al ser espíritu puro que habita en luz pura, está totalmente separado de la materia y de las tinieblas del pecado. A la manera de pensar de ellos era imposible que asumiera cuerpo material, y consideraban poco probable que Él creara la materia. Razonaban que Dios, al estar separado del pecado, no podía haber creado un mundo contaminado por el pecado. Por lo tanto, creían que el universo material debía de haber sido creado por error por una serie de eones, esto es, emanaciones de un buen dios que llevaron a un dios menor y eventualmente a la materia mala. Esta última enseñanza de los gnósticos sobre el origen del universo entra en conflicto con la enseñanza de Pablo que se presenta en Colosenses. Este afirmó que Jesús es el Único por quien todas las cosas fueron creadas, no fue por agentes angélicas.

«... las que hay en los cielos y las que hay en la tierra» (1.16b)

Jesús fue factor decisivo en la creación de

«todas las cosas», **las que hay en los cielos y las que hay en la tierra**. La palabra «cielos», plural (οὐρανοίς, *ouranois*), puede referirse al firmamento (Hechos 14.17), a la expansión estrellada (Efesios 4.10; Hebreos 4.14; 7.26; 2ª Pedro 3.7, 10), y a la morada celestial eterna de Dios (Mateo 6.9; Hebreos 8.1). También, la palabra puede significar las esferas que están fuera de lo terrenal, donde viven tanto los seres espirituales buenos como los malos (Efesios 1.10). El uso de «en» y «sobre» en este versículo, puede constituir una expresión por la cual Pablo dio a entender *todo* lo que habita en estos lugares. Si así fue, esto podría incluir a los habitantes de la tierra y a todo ser que se encuentre fuera de la esfera terrenal: incluso seres angelicales y satánicos.

Antes de la creación de los cielos y la tierra, no existía el mal. No existía nada material. La esfera espiritual de Dios era lo único que existía. Cuando Jesús venga nuevamente, Él restaurará todas las cosas a su estado original (Hechos 3.20–21); entonces no existirá nada material. Solamente quedará la esfera de lo eterno, de lo espiritual invisible (2ª Corintios 4.18). Como Creador que es, Jesús es superior a todo lo que fue creado, incluyendo seres terrenales, seres malignos y huestes angelicales (vea 1ª Pedro 3.22). La única excepción a la autoridad de Jesús en todos los cielos y la tierra, es el Padre, que sometió todas las cosas a los pies de Él (1ª Corintios 15.27).

«... visibles e invisibles» (1.16c)

De todo lo que ha sido creado, lo **invisible** es más abundante que lo **visible** al ojo humano desprovisto de ayuda. Todo lo material se compone de partículas invisibles. Por lo tanto, es científicamente correcto lo que la Biblia asevera: «... lo que se ve fue hecho de lo que no se veía» (Hebreos 11.3b). Sin embargo, esto podría referirse a que Dios hizo todas las cosas a partir de la nada.

Si Pablo se estaba refiriendo a lo que está *en* los cielos y *en* la tierra, entonces Él incluyó a los habitantes visibles y a los seres espirituales invisibles que están fuera de la esfera de lo terrenal, así como a los ángeles de Dios y del diablo. Nosotros hemos de mantener nuestros ojos en la esfera de lo eterno, lo invisible, lo celestial (2ª Corintios 4.18; Colosenses 3.1).

Como Creador que Él es, Jesús es superior a todo lo que ha sido creado, sea discernible al ojo humano, o esté oculto de este. Por esta razón, no hay necesidad de adorar ni de reverenciar nada que sea material, ni nada que no sea visible, tal

como seres angelicales ni ningún otro ser. Debido a quién es Jesús, nosotros hemos de someternos a Él, honrarle, adorarle y obedecerle (Efesios 1.20–23; Hebreos 1.6; 5.9).

«... sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades» (1.16d)

A la lista que hace Pablo de la creación de Jesús, él agregó **tronos, dominios, principados y potestades**. En este versículo «se usan cuatro términos en griego, sin intención de que se establezca una distinción precisa entre ellos; vea listas parecidas en Romanos 8.38; 1ª Corintios 15.24; Efesios 1.21; 3.10, 6.12; Colosenses 2.10, 15; 1ª Pedro 3.22».¹¹ David M. Hay hizo la siguiente observación:

El término «tronos» en 1.16d no parece estar empleado en el sentido de poderes sobrenaturales en ningún otro pasaje neotestamentario. La expresión «dominios» vuelve a emplearse en este sentido solamente en Efesios 1.21. El término que significa «principados» sobrenaturales vuelve a emplearse en 2.10 y 15 así como en Romanos 8.38; 1ª Corintios 15.24; Efesios 1.21; 3.10; y 6.12. El término que se traduce por «potestades» se presenta junto a «principados» en todos esos pasajes excepto en Romanos 8.38. Claramente nos la estamos viendo con terminología estereotipada.¹²

Con la inclusión de estos cuatro términos, Pablo afirmó que Jesús está por encima de todos los poderes que existen y que todos y cada uno de estos dependen de Él. Él es superior a las instituciones y a los seres de más alto nivel del universo. Las potestades que hay sobre la tierra, son inferiores a Él, así como lo son las huestes celestiales, incluyendo potestades angelicales y satánicas (1ª Pedro 3.22; Hebreos 2.14; 1ª Juan 4.4). A los colosenses se les mandó que adoraran a Él solamente, y que no se dejaran inducir en la adoración de dioses paganos ni de ángeles (Colosenses 2.18).

«... todo fue creado por medio de él y para él» (1.16e)

No solo fue que los cielos y la tierra fueron creados *por* Jesús, sino que también fueron *para* Él. Él es la fuente de todo el universo material y es

¹¹ Robert G. Bratcher y Eugene A. Nida, *A Translators Handbook on Paul's Letters to the Colossians and to Philemon (Manual del traductor en las cartas de Pablo a los Colosenses y a Filemón)*, Helps for Translators (New York: United Bible Societies, 1977), 24.

¹² David M. Hay, *Colossians (Colosenses)*, Abingdon New Testament Commentaries (Nashville: Abingdon Press, 2000), 58.

también la razón para la existencia de este.

La forma verbal griega ἔκτισται (*ektistai*), **fue creado**, insinúa que la creación tuvo lugar en cierto momento del tiempo, y que lo creado mantiene la forma dada por Jesús y para Jesús. «El tiempo de la expresión “fue creado” [...] al final del versículo, es perfecto, que se refiere al resultado duradero del acto creativo».¹³ Toda la creación existe para Su gloria y honra. Este fue el propósito del Padre: que por Su creación Jesús fuera exaltado, tanto por seres terrenales como por seres celestiales.

En la frase **para él**, la preposición «para» (εἰς, *eis*, que significa primordialmente «dentro de») expresa en este caso «propósito o meta».¹⁴ El mismo significado de *eis* se encuentra en Hechos 2.38. Pedro aseveró que los judíos habían de arrepentirse y ser bautizados *eis*, esto es, «para», el perdón de pecados. Jesús empleó *eis* cuando dijo que Su sangre se derramó «para» el perdón de pecados (Mateo 26.28). El propósito final y la meta del derramamiento de la sangre de Jesús, y del arrepentimiento y del bautismo, es el perdón de pecados, del mismo modo que Jesús constituye el propósito y la meta de la creación. El universo se centra en Cristo.

El universo existe para Jesús; pues Él es el Único para quien se creó. De un modo parecido, Pablo escribió: «Porque de él, y por él, y para [*eis*] él, son todas las cosas» (Romanos 11.36a), y también escribió: «... sólo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para [*eis*] él; y un Señor, Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas, y nosotros por medio de él» (1^{era} Corintios 8.6). No hay contradicción al decir que nosotros existimos para el Padre y para el Hijo. La naturaleza espiritual de los justos ha sido posibilitada por el Hijo y para la gloria del Hijo, con el fin de que pueda liberarlos para el Padre. Los que ahora pertenecen al Hijo y se encuentran en Su reino, al final «... resplandecerán como el sol en el reino de su Padre» (Mateo 13.43a), cuando Él entregue el reino al Padre (1^{era} Corintios 15.24).

EL QUE SUSTENTA TODAS LAS COSAS (1.17)

¹⁷Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten...

«... él es antes de todas las cosas» (1.17a)

El hecho de que Jesús sea **antes de todas las cosas** significa que Él no es parte de las cosas que

fueron creadas. La preposición «antes» (πρὸ, *pro*) puede usarse tanto con el sentido de precedencia temporal como de rango. Son por lo menos dos veces que la palabra se emplea con el sentido de rango en el Nuevo Testamento («sobre todo»; Santiago 5.12; 1^{era} Pedro 4.8). Tal vez Pablo quiso dar a entender ambas ideas. Según los argumentos anteriores de él, Jesús es tanto sobre todo como antes que todo.

Pablo afirmó que Jesús «es», y no que «era», antes de todas las cosas. Al emplear «es», dio a entender que Jesús sigue siendo antes que todas las cosas. J. B. Lightfoot observó correctamente que el tiempo presente «es» (ἔστιν, *estin*) «declara que esta preexistencia es existencia absoluta».¹⁵ Jesús expresó la misma verdad al aseverar que Él estaba con el Padre «antes que el mundo fuese» (Juan 17.5).

La palabra «cosas» se refiere a todo lo que es de naturaleza material o espiritual, incluyendo todo ser viviente y toda cosa inerte que sea visible o invisible al ojo humano desprovisto de ayuda. El hecho de que Jesús sea antes de todas las cosas significa que Él es eterno y superior a todo. Cuando todo comenzó, Él ya existía (Juan 1.1). Él es antes de todas las cosas porque Él no tuvo comienzo.

«... y todas las cosas en él subsisten» (1.17b)

Jesús sustenta todo lo que Él hizo existir. Él «sustenta todas las cosas con la palabra de su poder» (Hebreos 1.3a). Pablo dijo: **... y todas las cosas en él subsisten**. Todas las cosas llegaron a existir «por la palabra de Dios» (Hebreos 11.3). La palabra por la cual todo fue creado, es la misma palabra que tiene reservados los cielos y la tierra para el fuego del día postrero (2^a Pedro 3.5–7). El comienzo y la existencia continua del mundo, dependen de Jesús. Fue por Su palabra que todo fue creado, es por Su palabra que todo sigue existiendo, y será por Su palabra que la creación dejará de existir. En estos momentos, ella se mantiene existiendo gracias a que la palabra de Su poder sustenta todas las cosas.

La palabra que se traduce por «subsisten» (συνίστημι, *sunistēmi*) expresa la idea de que Jesús, no solo hizo realidad la subsistencia de Su creación, sino también, la idea de que Él la sigue haciendo subsistir. Debido a que todo subsiste por Él, el universo no se encuentra en estado de caos. Este continúa siendo controlado armoniosamente por el poder de Jesús. Este es el poder unificador que sustenta y mantiene el universo creado.

¹³Simpson y Bruce, 199, n. 85.

¹⁴Bratcher y Nida, 24.

¹⁵J. B. Lightfoot, *St. Paul's Epistles to the Colossians and to Philemon (Epístolas de San Pablo a los Colosenses y a Filemón)*, rev. (London: Macmillan & Co., 1916), 153.

LA CABEZA DE LA IGLESIA Y EL QUE TIENE LA PREEMINENCIA (1.18–19)

... ¹⁸y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia; ¹⁹por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud...

A estas alturas, Pablo dejó de analizar la relación de Jesús con el universo para pasar a analizar Su relación con la iglesia. Jesús no solo es el Soberano del universo, sino que también lo es de la iglesia.

«... y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia» (1.18a)

Además de ser la imagen de Dios, el primogénito de toda creación, y el Creador del universo, Jesús es también la cabeza del cuerpo que es la iglesia.

Son cuatro veces en este contexto que Pablo asevera: «Él es...». Jesús es la imagen de Dios (vers.º 15), es antes de todas las cosas (vers.º 17), es la cabeza de la iglesia (vers.º 18a), y es el principio (vers.º 18b). En otros pasajes, Pablo enseñó que Jesús es cabeza de «la iglesia, la cual es su cuerpo» (Efesios 1.22–23; 5.23). En Colosenses usó el orden inverso: «del cuerpo, que es la iglesia» (vers.º 18; vea 1.24).

La relación de la cabeza con el cuerpo, es una relación importante. La cabeza controla, dirige y gobierna las actividades del cuerpo, mientras que el cuerpo responde sumisamente a los deseos de la cabeza (Efesios 5.24). Jesús, como la cabeza, actúa y realiza Sus propósitos por medio del cuerpo. Este cuerpo, la iglesia, existe para hacer cumplir los deseos de Jesús; sus miembros actúan como Sus representantes terrenales. La cabeza necesita al cuerpo para funcionar, y el cuerpo necesita a la cabeza para que controle sus funciones. El cuerpo depende de la cabeza para que cuide de él y vele por su bienestar. La relación de Jesús con el cuerpo es personal; es diferente de la relación de un propietario con un edificio. La iglesia, al igual que una persona, es funcional solamente cuando existe una correlación apropiada entre la cabeza y el cuerpo.

El comentario que hace A. T. Robertson de la condición de cabeza de Jesús, es digno de consideración:

Él tiene señorío y dominio sobre su iglesia, precisamente del mismo modo que la cabeza gobierna el cuerpo. Hay una relación vital entre el cuerpo y la cabeza. El cuerpo, no obstante, no da órdenes a la cabeza. Puede que le cause dolores, y a menudo se los causa, pero está bajo

el dominio de la cabeza y subordinado a esta [...] el cuerpo necesita la Cabeza y la Cabeza necesita el cuerpo para que haga su voluntad y lleve a cabo sus órdenes.¹⁶

El cuerpo y la iglesia son la misma cosa. Robertson acertó al comentar: «Pablo emplea aquí dos palabras: “el cuerpo” [y] “la iglesia”, donde una está en aposición explicativa de la otra...». ¹⁷ Por lo tanto, la iglesia es el cuerpo de Cristo, la iglesia de Cristo.

Pablo escribió: «el cuerpo», no escribió: «los cuerpos». Al escribir «el cuerpo», él dio a entender el único y solo cuerpo, la única iglesia. Al referirse a la iglesia usando la figura de un cuerpo, Pablo siempre eligió un sustantivo singular, nunca uno plural (1^{era} Corintios 12.24–25, 27; Efesios 1.23; 4.12, 16; 5.23, 30; Colosenses 1.24; 2.19). Fueron numerosas veces que se refirió al cuerpo como uno solo (Romanos 12.5; 1^{era} Corintios 10.17; 12.12–13, 20; Efesios 2.16; 4.4; Colosenses 3.15). Al escribir «el cuerpo de Cristo» (1^{era} Corintios 12.27) o al escribir: «Su cuerpo» (Efesios 1.23; 5.30; Colosenses 1.24), Pablo estaba enseñando que ese único cuerpo de Cristo es la iglesia de Cristo. El plural «iglesias», tal como en la expresión «Os saludan todas las iglesias de Cristo» (Romanos 16.16), se usó solamente en referencia a congregaciones locales, no en referencia a la iglesia universal.

El concepto en el sentido de que el cuerpo es la iglesia, tiene importantes implicaciones:

Es probable que sea a partir de esta concepción de la iglesia como el cuerpo de Cristo, que nosotros podemos entender de la mejor manera cómo Pablo puede hablar de los creyentes diciendo que están «en Cristo» y al mismo tiempo hablar de Cristo diciendo que Él está en ellos. Pues ellos están «en Cristo» como miembros de Su cuerpo, al ser «bautizados en Cristo» (Gálatas 3.27); Él está en ellos porque es la vida de Él lo que les anima. Podemos comparar el uso que se hace de otra analogía orgánica en Juan 15.1ss; allí las ramas están en la vid y la vid está al mismo tiempo en las ramas.¹⁸

La palabra «cuerpo» (σῶμα, *sōma*) se usa en el sentido de grupo o unidad de personas, tal como las frases «cuerpo estudiantil» y «cuerpo legislativo» indican unidades funcionales de miembros. Pablo comparó la iglesia con el cuerpo humano (Romanos 12.4–5; 1^{era} Corintios 12.12–13), como una unidad organizada en la que cada miembro tiene habilidades que pueden ayudar a la función

¹⁶Robertson, 50.

¹⁷Ibíd., 49–50.

¹⁸Bruce, 205.

del cuerpo completo.

La palabra «iglesia» (ἐκκλησία, *ekklēsia*) en el Nuevo Testamento, se refiere a un grupo de personas, pero jamás a un edificio. Antes de ser introducida al vocabulario cristiano, la palabra *ekklēsia* fue usada para hacer referencia a un cuerpo político que era convocado regularmente, esto es, el consejo del pueblo de una comunidad griega. En el Nuevo Testamento se usa para hacer referencia a la totalidad del grupo de seguidores de Jesús (Mateo 16.18), a congregaciones locales de Cristo (Romanos 16.16), a iglesias de una región (1^{era} Corintios 16.1), a cristianos reunidos (1^{era} Corintios 14.23), a miembros no reunidos (Hechos 8.1) y a una asamblea no religiosa (Hechos 19.32, 39, 41). En el versículo 1.18 hallamos la primera aparición de la palabra «iglesia» en Colosenses. Aquí se refiere, tal como en el versículo 24, a todos los seguidores de Jesús, no a una congregación en particular. Más adelante, Pablo usó la palabra dos veces para hacer referencia a congregaciones locales (4.15–16).

La relación de Jesús con la iglesia revela la importancia de esta. Él es el edificador y dueño de ella (Mateo 16.18), es el que la compró (Hechos 20.28), es el fundamento de ella (1^{era} Corintios 3.11), es la cabeza de ella (Efesios 1.22–23), y es el Salvador de ella (Efesios 5.23). Es por medio de la iglesia que Dios ha dado a conocer Su sabiduría (Efesios 3.10). Jesús se la presentará a sí mismo santa y sin mancha (Efesios 5.25–27).

La iglesia pertenece a Jesús porque Él la compró con Su propia sangre. Por esta razón se le puede llamar «las iglesias de Cristo» (Romanos 16.16), o «la iglesia de Dios» (1^{era} Corintios 1.2), en tanto que Jesús es Dios (Juan 1.1–2). Una congregación puede ser identificada como la iglesia de cierta ciudad, tal como la iglesia en Jerusalén (Hechos 8.1). También hallamos autorización bíblica para hacer referencia a iglesias compuestas por cierto segmento de la sociedad, tal como «las iglesias de los gentiles» (Romanos 16.4), y también las iglesias de una región, tal como «las iglesias de Galacia» (1^{era} Corintios 16.1). Otras frases bíblicas incluyen: «iglesias de los santos» (1^{era} Corintios 14.33), «iglesia del Dios viviente» (1^{era} Timoteo 3.15), e iglesia de los primogénitos (Hebreos 12.23). En Hechos 5.11 se lee sencillamente: «la iglesia».

La iglesia es del «reino de los cielos» (Mateo 16.18–19), «el rebaño» (Hechos 20.28), «Su cuerpo» (Efesios 1.22–23), y la «casa [o familia] de Dios» (1^{era} Timoteo 3.15). Los miembros del cuerpo de Cristo, esto es, la iglesia, son ciudadanos del reino (Efesios 2.19), ovejas del rebaño (Juan 10.16) e hijos

de Dios, miembros de la familia de Este (Gálatas 3.26–27). La iglesia se compone de los que han sido purificados por la muerte de Jesús. El bautismo hace que entren personas al reino de Dios (Juan 3.5), al único cuerpo (1^{era} Corintios 12.13), que es la iglesia (1^{era} Timoteo 3.15). Aquellos cuyos nombres se encuentran en el Libro de la Vida están en la lista del cielo (Hebreos 12.23; Apocalipsis 21.27). Ellos entrarán en esa «ciudad santa» (vea Apocalipsis 21.2, 10 ; 22.19).

El destino celestial de la iglesia se deduce de varias aseveraciones bíblicas. Leemos, por ejemplo, que los hijos del reino de Jesús brillarán como el sol en el reino del Padre (Mateo 13.37–43). También se lee que Jesús dará vida eterna a las ovejas de Su rebaño (Juan 10.27–28). Además, Él es el Salvador del cuerpo (Efesios 5.23). También, al ser hijos de Dios, nosotros somos herederos (Romanos 8.16–17; Gálatas 4.7); nuestra herencia está reservada en los cielos (1^{era} Pedro 1.3–4).

Según el texto bíblico, son aceptados como miembros de la iglesia de Cristo a los que se someten a Él (Efesios 5.24). El cristiano fiel responde a Él por causa del amor y del temor de Él (Juan 14.15, 21, 23; Filipenses 2.12; 1^{era} Pedro 1.17). Jesús dijo: «Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará» (Juan 12.26).

«... él que es el principio, el primogénito de entre los muertos» (1.18b)

Pablo escribió: **él que es el principio, el primogénito de entre los muertos**. Tal como en el versículo 15, Pablo se refirió a Jesús como «el primogénito» (en el comentario de 1.15b, hallará más explicaciones sobre el «primogénito» y el «principio»). Anteriormente, había dicho: «el primogénito de toda creación»; esta vez dijo: «el primogénito de entre los muertos» (vea Apocalipsis 1.5).

Jesús no fue la primera persona en ser resucitada de entre los muertos. Elías resucitó al hijo de la viuda que vivía en Sarepta (1^o Reyes 17.21–22). Eliseo trajo de vuelta a la vida al hijo de una sunamita (2^o Reyes 4.34–36). Un hombre que fue arrojado al sepulcro de Eliseo, volvió a vivir (2^o Reyes 13.20–21). Jesús resucitó a la hija de Jairo (Marcos 5.22, 35–42), al hijo de una viuda que vivía en Naín (Lucas 7.11–15) y a Lázaro (Juan 11.43–44). Estos fueron resucitados antes que Jesús fuera resucitado. Si bien Jesús no fue el primero en ser resucitado, Él es sumamente prominente. En este sentido, El es «el primogénito» de todos los que fueron resucitados de entre los muertos. Él fue re-

sucitado como el primero que fue levantado para no morir (1^{era} Corintios 15.22–23). Por medio de Su resurrección, Él abrió el camino para que los demás sigan (Romanos 6.8).

En lugar de dar a entender que Jesús fue el primero en ser resucitado cronológicamente, lo que Pablo estaba recalando era la preeminencia de Jesús. La expresión «de entre los muertos» insinúa que Él salió de la muerte hacia Su puesto de prominencia. Pedro enseñó esta verdad en Pentecostés. Jesús fue levantado de la muerte para sentarse en el trono de David (Hechos 2.30–31) cuando Él ascendió para tener señorío sobre todas las cosas (Efesios 1.20–23; 1^{era} Pedro 3.22).

La condición de cabeza de la iglesia, de Jesús, se basa en Su preeminencia en todas las cosas por todo el universo. Él no solo reina sobre el universo, sino que también es cabeza de la iglesia. Él ahora reina sobre toda institución del universo.

«... para que en todo tenga la preeminencia» (1.18c)

Pablo siguió diciendo: **para que en todo tenga la preeminencia**. Este es el único versículo del Nuevo Testamento en que aparece la expresión: «[tener] la preeminencia» (πρωτεύω, *prōteuō*). Sin embargo, se usa muchas veces en su forma adjetivada, πρῶτος (*prōtos*). Esta palabra significa «primero» y es la fuente del término «protón».

La preeminencia de Jesús no solo es innata; también se deriva por Su resurrección. En vista de que Jesús es el primero y el más importante de los resucitados, Él también tiene una posición preeminente sobre todos los que serán resucitados. Por Su victoria sobre la muerte, Él llegó a ser la fuente de vida. Como vencedor que ha derrotado a todos los enemigos (Hebreos 2.14), Él ahora es preeminente sobre todos y no tiene rival en el campamento del enemigo. Él puede dar victoria sobre la muerte a todos los que viven para Él (1^{era} Corintios 15.55–57).

Cuando Jesús ascendió a los cielos, Él fue puesto sobre todas las potestades terrenales y celestiales. El tiene ahora toda potestad en los cielos y en la tierra.¹⁹ El único sobre el cual Él no está, es el Padre, quien puso todas las cosas bajo los pies de Él (1^{era} Corintios 15.27). Aunque Él gobierna sobre todas las cosas, algunos enemigos todavía no han sido derrotados por Él (1^{era} Corintios 15.25–26).

«... por cuanto agradó al Padre» (1.19a)

Pablo habló de la plenitud que habita en Jesús

¹⁹ Veá Mateo 28.18; 1^{era} Corintios 15.25–27; Efesios 1.20–23; Filipenses 2.10–11; 1^{era} Pedro 3.22; Apocalipsis 1.5; 12.5.

por cuanto agradó al Padre. La expresión «por cuanto» (ὅτι, *hoti*), que también se traduce por «debido a que», relaciona este versículo con lo que se dijo acerca de Jesús en los versículos 16 al 18. La expresión «agradó» (εὐδοκέω, *eudokeō*), o «complació», es el mismo verbo que se usó cuando el Padre dijo que Él estaba complacido con Jesús, en el momento del bautismo de Este, al citar la profecía de Isaías, y en el momento de la transfiguración de Él (Mateo 3.17; 12.18; 17.5).

El Padre cumplió Su propósito eterno al dar a Jesús Su posición exaltada. No fue que Jesús procuró que se le diera esta exaltación de parte del Padre (Filipenses 2.6), sino que la recibió amablemente de Este. Jesús vino a hacer la voluntad del Padre, porque Él y el Padre tienen un solo propósito (Juan 10.30). El motivo que tenía Jesús para hacer todo lo que hacía, era obedecer la voluntad del Padre (Juan 4.34; 5.30; 6.38; Hebreos 10.9). Fue debido a la obediente actitud que tuvo Jesús al morir en la cruz, que el Padre «le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre» (Filipenses 2.9).

Es por medio de Jesús, y también de Sus hijos, que el Padre puede «[producir] así el querer como el hacer, por su buena voluntad» (Filipenses 2.13). Esto no significa que Dios sea quien hace que todo suceda. Él da a cada persona el derecho a elegir (Josué 24.15), del mismo modo que Jesús indicó que Él tenía libre albedrío cuando oró en el huerto de Getsemaní (Mateo 26.39).

«... que en él habitase toda plenitud» (1.19b)

La voluntad o el agrado de Dios fue **que en él habitase toda plenitud**. La expresión «habitase» (κατοικέω, *katoikeō*) es una forma del infinitivo presente, cuyo significado es que esta plenitud habita *continuamente*. La habitación terrenal de Jesús se expresa por medio de la palabra «habitó» (Juan 1.14), una forma del aoristo que indica habitación que ocurrió una sola vez. La plenitud que habita en Jesús no es plenitud que ocurriera una sola vez; es plenitud de naturaleza continua.

La palabra «plenitud» del griego πλήρωμα (*plērōma*), es empleada para hacer referencia a lo completo, tal como en Juan 1.16 y Efesios 1.23, 3.19; 4.13. Más adelante en Colosenses, Pablo retomó esta idea y recaló cierto aspecto de la plenitud que hay en Cristo: «Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad» (Colosenses 2.9). En Él están presentes la salvación, la resurrección, toda potestad, el poder y la manifestación del Padre. También, en Él existe continuamente hasta el presente, la plenitud de los propósitos de Dios para la

humanidad, así como la completa representación de la naturaleza del Padre.

Es en Jesús en quien se realiza el propósito divino del Padre. Jesús es el único Creador, Señor, Maestro, Dador de Ley y Salvador que tiene la humanidad. En relación con todo lo que ha sido creado, Jesús es el todo en todo. Es en Él en quien se cumplen todos los propósitos de Dios relacionados con la creación. Fue por medio del padecimiento que Él experimentó en la cruz, que fue hecho perfecto y cabal, como el Salvador de la humanidad (Hebreos 5.9). Además de todo lo anterior, en Él habitan la plenitud del poder de Dios y la naturaleza divina de la Deidad, y habitan de forma completa, sin dilución, manifestándose plenamente. Jesús no carece de atributo alguno.

En el hecho de que Él llena toda necesidad de los habitantes de la tierra, se pone de manifiesto que Dios ha hecho habitar en Él toda plenitud. Los colosenses no tenían necesidad de volverse a nadie que no fuera Jesús. Lo mismo se puede decir de la gente de hoy. Si es salvación lo que necesitan, Jesús la suministra de modo suficiente. Si es ayuda espiritual lo que necesitan, Jesús es el ayudador. Si es enseñanza lo que necesitan, Jesús es el único maestro verdadero. Él es el único Salvador del hombre (Hechos 4.12) y el único mediador (1^{era} Timoteo 2.5). Como mediador que Él es, ha provisto reconciliación para los que están separados de Dios. La plenitud para los cristianos habita en Jesús. «La obra del maestro es conducir a las personas para que encuentren su plenitud en Cristo y únicamente en Este: *no posee nada ni nadie que dar a su pueblo que no sea Cristo*».²⁰

Cuando las iglesias procuran llenar las necesidades espirituales sin emplear a Jesús como insumo, se han extraviado del Único que puede llenar tales necesidades. Se han apartado de Él para acudir a fuentes que no son aptas. Cuando Israel se apartó de Dios para volverse a los ídolos, esto fue lo que Jeremías escribió: «Porque dos males ha hecho mi pueblo: me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua» (Jeremías 2.13).

Fuera de Jesús, no hay plenitud. Dentro de Jesús está todo lo que los cristianos necesitan para hacer completa su relación con Dios. Pablo puso el cimiento en este pasaje y en Colosenses 2.10a, cuando escribió: «... vosotros estáis completos en él».

²⁰R. C. Lucas, *The Message of Colossians and Philemon: Fullness and Freedom (El mensaje de Colosenses y de Filemón: Plenitud y libertad)*, The Bible Speaks Today (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1980), 53.

EL FUNDAMENTO DE LA RECONCILIACIÓN (1.20)

... ²⁰y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz.

«... y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas» (1.20a)

Después de aseverar que la plenitud de Dios está en Cristo, Pablo aseguró que es por medio de Jesús, por quien el Padre ha hecho posible la reconciliación. Al expresar: **... y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas**, insinúa dos verdades: 1) Debido al pecado, la humanidad está separada y alienada de Dios, y 2) Dios es el Único que ha hecho posible una relación amistosa por medio de Jesús. El pecado crea un abismo o barrera entre el hombre y Dios. Separa al hombre de Dios, trunca su relación con Este, y lo convierte en enemigo de Dios (Isaías 59.1–2; Efesios 2.12–13; Santiago 4.4). La necesidad de todos los seres humanos es que ha de hacer las paces con Dios y llegar a convertirse en amigos de Este. Abraham es un ejemplo de una persona cuya fe y obras dieron como resultado que fuera llamado amigo de Dios (Santiago 2.22–23).

La reconciliación se encuentra en la plenitud de Cristo, una reconciliación que fue planeada de conformidad con lo que agradó a Dios. Esto fue lo que el comentarista Hay escribió al respecto:

El infinitivo «reconciliar» del versículo 20a guarda un paralelo [...] gramatical con «habitar», del versículo 19, de modo que ambos infinitivos completan el sentido de «agradó». A Dios, en toda la plenitud de Dios, le agradó estar dentro del Hijo y actuar por medio de Este. Es obvio que la formulación está estrechamente ligada con la que se encuentra en 2^a Corintios 5.19: «Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo», aunque hay ciertas diferencias importantes. El verbo para «reconciliar» es diferente; de hecho, el que se usa en 1.20 (griego *apokatalassein*) no se encuentra en ningún texto anterior de la literatura griega y puede haber sido acuñado a partir del texto que Pablo usa en 2^a Corintios 5.18–19 y en Romanos 5.10 (griego *katalassein*).²¹

«Reconciliación» significa la remoción de barreras que separan a dos partes para que puedan ser amigas. Jesús ha hecho Su parte para hacer posible esto, al quitar la barrera del pecado por medio de llevar los pecados de la humanidad en la cruz

²¹Hay, 62.

(1^{era} Pedro 2.24). La responsabilidad del hombre consiste en hacer la voluntad de Jesús con el fin de ser reconciliado. Es *en* Cristo donde Dios tiene encuentro con el hombre, es allí mismo donde la reconciliación se hace posible (2^a Corintios 5.19). Jesús llevó sobre sí mismo la maldición del pecado, y por la humanidad fue hecho pecado (Gálatas 3.13; 2^a Corintios 5.21). El siguiente movimiento le corresponde a la persona, porque la persona debe entrar en Cristo para ser reconciliada con Dios (2^a Corintios 5.20b; Gálatas 3.26–27). Dios ha terminado Su obra de reconciliación por medio de Jesús. Ya no tiene nada más que hacer.

No es por el pecado de Adán y Eva que la humanidad está separada de Dios. Somos nosotros los que hemos producido nuestra separación de Él (Génesis 3.23–24). Cuando los niños vienen al mundo ellos carecen de conocimiento del bien y del mal (Deuteronomio 1.39). Debido a que no distinguen entre el bien y el mal, es como si estuvieran ciegos, no tienen pecado (Juan 9.41). Por lo tanto, de ellos es el reino de los cielos (Mateo 19.14). Es por causa de sus propios pecados que cada persona está separada de Dios (Isaías 59.1–2; Santiago 1.14). La Escritura dice que Jesús vino a salvar a Su pueblo de *sus* pecados (Mateo 1.21; énfasis nuestro). Cuando Pedro mandó a la gente que se bautizara les dio a entender claramente que era «para perdón de los pecados» de ellos (Hechos 2.38), y a Pablo se le mandó, con estas palabras: «... bautízate, y lava tus pecados» (Hechos 22.16). En las Escrituras no se recoge ningún caso de persona alguna a la que se le mandara hacer algo con el fin de que se le perdonara el pecado de Adán o algún pecado heredado de Adán.

Al igual que en 1.6, 23, la expresión «todas las cosas» no se refiere a la totalidad de las cosas del universo. En el griego, solo aparece el adjetivo *πάντα* (*panta*), que significa «todas». En el texto griego no aparece la palabra «cosas», pero esta está implícita en la morfología de la palabra.

La expresión «todas» de 1.20 no incluye el universo material, tal como los animales u otras criaturas, pues estos no se separaron de Dios. Pablo debió de haber dado a entender «todas» las personas cuyos pecados les han separado de Dios y que tienen, por lo tanto, necesidad de reconciliación. No fue a personas que tienen una recta relación con Dios a quienes Jesús vino a reconciliar (Mateo 9.13). Más bien, Jesús «vino a buscar y a salvar lo que se había perdido» (Lucas 19.10). En todo el universo, los seres humanos son los únicos seres que tienen necesidad de reconciliación con Dios y a quienes se les puede otorgar reconciliación con Este.

La expresión «todas» debe de significar, entonces, que Jesús hizo posible la reconciliación de todas las personas que alguna vez habrán vivido.

Algunos han procurado hacer que la expresión «todas las cosas» signifique salvación universal. Pablo no dio a entender que todo el mundo sería reconciliado con Dios de forma incondicional. Si bien la reconciliación ha sido hecha posible para todo el mundo por medio de Jesús, es necesaria una respuesta de cada uno para recibirla. Pablo rogó a los corintios que se reconciliaran con Dios (2^a Corintios 5.18–20). Es a los que obedecen a quienes Jesús salva (Hebreos 5.9). Él dará eterna retribución a los que desobedecen (2^a Tesalonicenses 1.7–9). Jesús aseveró que hay dos destinos diferentes: «perdición» y «vida» (Mateo 7.13–14); «castigo eterno» y «vida eterna» (Mateo 25.46); «resurrección de vida» y «resurrección de condenación» (Juan 5.29).

La falsa doctrina de la salvación universal comenzó a ser enseñada en la historia incipiente de la iglesia en los escritos no inspirados de esta. «Es probable que el primer cristiano universalista haya sido Orígenes. En la obra de su juventud *De Principiis*, él insinuó esta idea de restauración universal, final, para todos».²²

«... y por medio de él [...] las [cosas] que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz» (1.20b)

Después, Pablo pasó a hablar de **[hacer] la paz mediante la sangre de su cruz**. Fue para perdón de los pecados que Jesús derramó Su sangre (Mateo 26.28), de modo que la humanidad se pueda poner en paz con Dios. Para que Dios y el hombre puedan juntarse en paz, la barrera del pecado debe ser quitada. No habrá manera, mientras vivamos sobre esta tierra, de que alguien pueda conocer las razones por las que, sin derramamiento de sangre, Dios no perdona el pecado (Hebreos 9.22). Puede que el principio «vida por vida» (Éxodo 21.23; Deuteronomio 19.21) sea el que esté rigiendo para la reconciliación. La paga del pecado es muerte (Romanos 6.23). Jesús llevó sobre sí la maldición y el castigo por el pecado (Gálatas 3.13) al dar Su sangre con el fin de proveer perdón de pecados, reconciliación, vida eterna y paz con Dios.

Cuando Jesús nació, los ángeles entonaron cánticos de paz: «¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!» (Lucas 2.14). Jesús prometió que Él daría paz a

²²Hendriksen, 81.

Sus seguidores cuando estuvieran enfrentados a la tribulación (Juan 14.27; 16.33). La paz con Dios llega a los que están motivados por la fe (Romanos 5.1; Hebreos 11.6) a los que «[hacen] lo bueno» (Romanos 2.10). Las personas de mentalidad espiritual pueden encontrar paz (Romanos 8.6), pero los que hacen mal no conocen camino de paz (Romanos 3.17). La paz por la reconciliación se revela como buenas nuevas para la humanidad (Romanos 10.15; Efesios 2.17).

Al final del versículo, Pablo repitió diciendo: **por medio de él,**²³ y añadió: **las [cosas] que están en la tierra como las que están en los cielos.** La palabra «cosas» podría tener una aplicación que abarca más que seres humanos; sin embargo, ¿por qué habría de ser necesaria la sangre de Jesús para redimir las «cosas» creadas? Su sangre fue derramada para perdonar pecados (Mateo 26.28). No fue toda la creación, sino únicamente el hombre quien pecó.

Una explicación es que, debido al pecado de Adán, se pronunció una maldición sobre todo lo creado, incluyendo la tierra, el sistema solar y el cielo estrellado. Jesús quitó esta maldición por medio de la cruz, haciendo posible, de este modo, que se resuelva la desarmonía creada por el pecado de Adán. El resultado final será la restauración de todas las cosas. Aun la armonía y la paz universales que existían antes de la maldición (Génesis 3.17b) le serán restituidas a la creación (Romanos 8.18–23). Herbert M. Carson insinuó que esto es lo que Pablo dio a entender:

Sin embargo, esta reconciliación no se limita a los hombres. Se aplica a la totalidad del orden de los seres creados. Es significativo que Pablo no diga aquí «todos los hombres», lo cual sería contrario a sus enseñanzas normales, sino *todas las cosas*. La frase es indefinida e insinúa lo completo del plan de Dios. No solamente se reconcilia al hombre pecador, sino que también, el orden creado que ha sido sujetado a vanidad por causa del pecado (vea [Romanos 8.20–23]), participará de los frutos del poderoso acto de expiación llevado a cabo en la cruz.²⁴

Pablo no escribió que la muerte de Jesús reconciliara las cosas que están sobre la tierra *con* las que están en los cielos, como algunos han concluido. Lo que dio a entender es que la muerte

²³ N. del T.: Esta repetición no se recoge en la Reina-Valera.

²⁴ Herbert M. Carson, *The Epistles of Paul to the Colossians and Philemon: An Introduction and Commentary (Las epístolas de Pablo a los Colosenses y a Filemón: Introducción y comentario)*, The Tyndale New Testament Commentaries (Grand Rapids Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1960), 46-47.

de Él proveyó reconciliación para las cosas que están *sobre* la tierra y para las cosas que están *en* los cielos. El significado debe de ser que Jesús proveyó reconciliación para todos los que necesitan reconciliación. En vista de que solamente los que han ofendido a Dios son los que necesitan ser reconciliados con Este, entonces las cosas materiales, los animales y otros seres vivientes pueden descartarse. Los que pueden ofender a Dios son espíritus malos, ángeles y personas. Los ángeles buenos no necesitan reconciliación. Los ángeles malos y los espíritus malos necesitan reconciliación, pero no la reciben. La humanidad pecadora es todo lo que queda para reconciliar.

Tal vez no sea difícil entender que la paz se haga disponible por medio de Jesús, para el hombre pecador sobre la tierra, pero ¿quién o quiénes de los que están en los cielos, necesitan hallar paz por medio de Jesús? Al cielo, la morada de Dios, no entra nada inmundo (Apocalipsis 21.27). Además, la idea de que la reconciliación que hizo posible el acto redentor de Jesús se extiende a los seres angelicales que pecaron, contradiría la aseveración hecha por Pedro acerca de los ángeles pecadores. Estos están en prisiones de oscuridad, reservados para el juicio (2ª Pedro 2.4). No están *en los cielos*, pues fueron «[arrojados] al infierno» (ταρταρώσας, *tartarōsas*), que literalmente es «arrojados al tártaro», para esperar su juicio final. La palabra «juicio» en este caso puede traducirse más apropiadamente por «condenación», tal como en Mateo 23.14 (vea Marcos 12.40; Lucas 20.47; 23.40; Romanos 3.8; 13.2; 1ª Timoteo 3.6; 5.12; Judas 4).

Al contender que es el «orden creado» lo que se incluye en la reconciliación, Carson pasó por alto el hecho de que Pablo no dijo «la tierra» o «los cielos», sino «en» la tierra y «en» los cielos. La reconciliación es para lo que está *sobre* la tierra y *en* los cielos, no para la tierra y los cielos en sí. La tierra y los cielos pasarán (Mateo 24.35) y serán quemados (2ª Pedro 3.10–12). La maldición que se pronunció sobre la tierra, debido al pecado de Adán y Eva (Génesis 3.17), no es lo que Jesús estará reconciliando.

Carson hizo notar que Pablo no incluyó «bajo la tierra», como sí lo incluyó en Filipenses 2.10. La expresión «bajo la tierra» se refiere a las fuerzas del mal. Si hubiera incluido estas, Pablo habría estado enseñando que Jesús proveyó reconciliación para Satanás, para los espíritus mensajeros malos de este y para todos los hacedores de maldad.

Una confusión plausible es que Pablo se refería a que Jesús hizo posible la reconciliación para los que están *sobre* la tierra así como para los que murieron antes de la crucifixión. Durante el tiempo

que vivieron, estos trataron de hacer la voluntad de Dios, pero ya estaban muertos y estaban *en* el ámbito celestial, fuera de la tierra, en el ámbito del Hades, antes de que la reconciliación fuera hecha posible por la muerte de Jesús. Por el sacrificio de Este, ellos son reconciliados con Dios (vea Romanos 3.25; Hebreos 9.15). Como Pedro dijo de David (Hechos 2.34), estos todavía no están con Dios en el cielo. No obstante, debido a que están fuera del ámbito terrenal, se les puede referir como seres que están en los cielos (Efesios 6.12).

Pablo debió de haber estado haciendo distinción entre los lugares por medio de usar dos preposiciones griegas diferentes: *epi* («sobre») para los que están *en* la tierra, y *en* («en») para los que están *en* los cielos. Pablo no se estaba refiriendo a la tierra en sí como algo que estaba siendo reconciliado, sino a la gente que vive «sobre la tierra». No se refería al cielo en sí, sino a los que están en los cielos, esto es, en el Hades, un lugar que está fuera del ámbito terrenal, pero no en el ámbito celestial donde se encuentra Dios.

Algunos eruditos consideran que los versículos 15 al 20 son «himnos» relacionados con Jesús, sin embargo difieren ampliamente en cuanto al plan del pasaje. Sirviera o no de himnos, lo cierto es que esta sección constituye el cimiento para los comentarios que hace Pablo posteriormente.

El autor Hay explicó la importancia de las cualidades supremas de Jesús:

La descripción del Hijo como la imagen (15a) prepara para la aseveración en el sentido de que los cristianos llevan la imagen del creador de ellos (3.10–11). La afirmación en el sentido de que él es la cabeza de la iglesia (1.18) es explicada aún más en 2.10, 19. La aseveración en el sentido de que el Hijo tiene la preeminencia en todo (1.18) prepara el terreno para declaraciones y advertencias parecidas en 1.28; 2.3, 6–7, 17, 19; 3.3, 11; 4.1. La afirmación en el sentido de que la muerte de Cristo es la fuente de salvación vincula 1.20 con 1.14, 22; 2.11–15; y 3.13. La idea de que la iglesia es el cuerpo de Cristo vuelve a aparecer en 1.24 y 2.19. Las afirmaciones acerca de morir y resucitar con Cristo (2.12–13, 20; 3.1, 5) aclaran el significado de «primogénito de entre los muertos» (1.18a). La referencia a poderes angelicales en 1.16, es repetida en referencia a seres sobrenaturales en 2.8, 15, 18 y 20. La trascendencia universal del Hijo, que se recalca por todo 1.15–20, explica la razón por la que el evangelio es proclamado en todo lugar (1.6, 23, 27–28; 3.11; 4.3–6). Por último, el punto de vista positivo que tiene el himno, del mundo como creación de Dios por el Hijo, justifica la polémica contra el ascetismo de los falsos maestros en 2.16–23 y la enseñanza positiva acerca de la vida

en el mundo en 3.5—4.6.²⁵

LA APLICACIÓN

La grandeza de Cristo (1.15–19)

Pablo describió la grandeza de Cristo por medio de dar cuenta de Su autoridad y naturaleza. Él presentó esta información en orden para animar a los colosenses a ser leales a Cristo. Un comentario de la grandeza de Cristo puede dividirse en cuatro categorías: Cómo es Él; qué ha hecho y qué está haciendo, Su posición, y Su puesto superior de autoridad.

1) *Cómo es Cristo*. Él es la imagen de Dios (vea 2ª Corintios 4.4). Jesús entró en el mundo para mostrar la gloria del Padre y para dar a conocer cómo es Dios (Juan 1.14, 18). Él dijo a los apóstoles que los que lo veían a Él también veían al Padre (Juan 12.45; 14.9). Esto es porque el Padre está en Jesús y Jesús está en el Padre (Juan 10.38; 14.10–11; 17.21).

Nadie ha visto a Dios en momento alguno (Juan 1.18), pues Él «habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver» (1ª Timoteo 6.16). En vista de que Dios no puede ser visto, Él se ha dado a conocer por Jesús, que es como el Padre en todos los aspectos (Hebreos 1.3).

Dios se ha dado a conocer por medio de Su creación, que muestra la magnitud de Su poder y de Su gloria (Salmos 19.1; Romanos 1.20). Esto, por sí solo, no da a conocer la totalidad de Su carácter. Es por medio de obtener un vislumbre de la naturaleza de Jesús, que podemos llegar a tener conocimiento acerca de la naturaleza de Dios.

Conocer a Dios es el conocimiento más importante que podemos obtener. Nuestra vida eterna depende de que lo conozcamos a Él (Juan 17.3). Es cuando conseguimos conocerlo que nos sentimos motivados a obedecerle y a abstenernos de pecado (1ª Juan 2.3–5; 3.6). La realización de la existencia humana se produce por conocer a Dios (Jeremías 9.23–24). Debido a que Jesús tiene la naturaleza misma de Dios, nosotros deberíamos darle el mismo honor que le damos al Padre (Juan 5.23).

2) *Qué ha hecho y qué está haciendo Jesús*. Jesús ha de ser respetado como el Creador de todas las cosas. Él estuvo en el principio con el Padre y tiene la naturaleza divina del Padre. Juan comenzó su evangelio por medio de revelar que Jesús creó todas las cosas.

Al aseverar que Él estaba en el principio de la creación (vers.º 18), Pablo no estaba enseñando

²⁵ Hay, 53.

que Jesús fue creado; antes, estaba enseñando que Él fue quien activó el comienzo. Él es la fuente, el comienzo, de la creación. Jesús no fue el primer ser creado al principio, porque Él es antes que todas las cosas, creó todas las cosas, y estaba con el Padre cuando el comienzo tuvo lugar.

Él sustenta todas las cosas por la palabra de Su poder (Hebreos 1.3). La palabra por la que Él creó todas las cosas (Hebreos 11.3) es la misma palabra que Él usa para sustentar todas las cosas. Su palabra reserva el presente universo hasta el día de su destrucción (2ª Pedro 3.5–7).

Jesús ha demostrado el poder de Su palabra (Hebreos 4.12) al crear todas las cosas por ella. Basados en esto, podemos tener confianza en Su palabra. Él puede hacer lo que aseveró que hará. Por Su palabra podemos ser salvos (Santiago 1.21) y podemos tener todas las bendiciones que vienen por la salvación.

3) *La posición de Jesús.* Todas las cosas fueron creadas para Él. El Padre quiso la exaltación de Cristo, la cual fue planeada antes de la Creación (Hechos 2.23; Efesios 1.4; 1ª Pedro 1.19–20). Jesús había de ser glorificado por este evento. El ser honrado por encima de todos los demás se había predeterminado que fuera realizado por Su muerte para la salvación de la humanidad (Filipenses 2.8–11).

Nosotros existimos para Jesús y no para nosotros mismos. El propósito de nuestras vidas consiste en alabarlo, respetarlo y servirle. Fuimos creados para Su gloria. Por medio de nuestro ejemplo, viviendo como Jesús vivía (1ª Juan 2.6), nosotros mostramos a los demás la hermosura de Su naturaleza.

Él era antes que todas las cosas. Él era en el principio con el Padre, aun desde toda la eternidad (Miqueas 5.2). El concepto de que un Ser puede ser sin tener principio ni fin, escapa a nuestra comprensión. Nada de lo que vemos ha existido siempre, ni existirá para siempre.

Jesús está en el ámbito invisible del cielo (2ª Corintios 5.1). Podemos depender de Él para nuestra vida eterna, porque Él es eterno. La vida eterna está disponible para los que están en Cristo (Juan 3.36; 1ª Juan 5.11–12). Nosotros entramos en Él cuando somos bautizados (Romanos 6.3; Gálatas 3.27).

Toda la plenitud mora en Él. Jesús es Aquel que puede dar vida venidera y una vida abundante en el presente (Juan 10.10). Por todo el universo, todo depende de él. Por esta razón, debemos permanecer en Él y servirle, poniendo Su reino en primer lugar en nuestras vidas (Mateo 6.33).

4) *Puesto superior de autoridad de Jesús.* Él es el

primogénito de la creación y el primogénito de entre los muertos, por lo tanto, ha de tener el primer lugar en todo. En la familia judía, al hijo primogénito se le daba el lugar de más alto respeto. Cristo tiene este puesto en relación con todas las cosas que han sido creadas. El Padre es el único que no está sujeto a Él (1ª Corintios 15.27). El resto del universo ha sido sujetado a Él.

Aunque una vez estuvo muerto, Él ahora vive; pues venció la muerte. Tiene un puesto superior a todos los que han muerto, lo cual le da la posición del primer lugar. Pablo enseñó esta misma verdad, en el sentido de que por medio de Su resurrección y ascensión, Jesús fue puesto sobre todas las cosas, y todo fue puesto bajo los pies de Él.

La muerte no pudo retenerlo (Hechos 2.24). Él tenía el poder de poner Su vida y el poder de volverla a tomar (Juan 10.18). Por medio de Su resurrección, Él nos ha dado seguridad de que tiene el poder para resucitar a los muertos.

Ninguna autoridad humana puede competir con la autoridad de Jesús. Nosotros hemos de honrarle y obedecerle como nuestro Señor y Maestro, pues ningún ángel ni ser humano puede rivalizar con Jesús. Si alguien enseña cosas que son contrarias a la revelación de Cristo dada por Sus representantes inspirados, la maldición del cielo pesa sobre tal persona (Gálatas 1.8–9).

Cristo es la cabeza del cuerpo, la iglesia. Por causa de quién es Él, la iglesia ha de respetarlo como la cabeza. La relación de la cabeza humana con el cuerpo humano ilustra la relación que existe entre Jesús y la iglesia. Nosotros que somos miembros del cuerpo de Cristo, Su iglesia, debemos someternos a Él como nuestra cabeza espiritual (Efesios 5.24). No tenemos derecho de mostrar a ninguna otra persona o grupo el mismo respeto que mostramos a Jesús. Jesús es el único que debería ser aceptado como cabeza sobre nosotros.

En resumen, Cristo es la imagen de Dios, por quien y para quien todas las cosas fueron creadas, y Él mantiene un lugar superior de autoridad. Debido a esto, nosotros hemos de honrarle, debemos llegar a conocerle y debemos confiar en Su poder.

Las cualidades de Cristo (1.15, 17–19)

Las vidas de los cristianos deben construirse alrededor de la posición de Jesús en el universo. Esto debe afectar no solamente nuestro pensamiento, sino también nuestras acciones. Debido a quién es Jesús, nosotros hemos de rendirle completa lealtad. Tener este grado de dedicación a Él significa que evitaremos a los falsos maestros, las prácticas que destruyen (la inmoralidad) y las prácticas

que distraen, esto es, obras que no son malas en sí mismas, pero que nos apartan del servicio que le debemos a Cristo.

Jesús es la imagen de Dios (vers.º 15a). Jesús vino a revelar la naturaleza del Padre (Juan 1.18). Él enseñó, diciendo: «... el que me ve, ve al que me envió» (Juan 12.45); «... el que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Juan 14.9b). Después de escribir que Cristo «es la imagen de Dios», Pablo siguió la idea al añadir: «Dios [...] es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo» (2ª Corintios 4.4, 6).

Jesús era puro, santo, bondadoso, amoroso y compasivo. Sus cualidades son los rasgos de carácter que los cristianos hemos de cultivar. Hemos de imitar las características santas de Dios. Él se ha dado a sí mismo como modelo que nosotros hemos de seguir (1ª Pedro 1.16). Cuando andamos como Jesús anduvo (1ª Juan 2.6), nosotros también llegamos a ser como Dios.

Jesús es el primogénito de la creación (vers.º 15b). Como el «primogénito» que es, Jesús tiene el lugar de más alto honor en la familia de Dios, al ser «el primogénito entre muchos hermanos» (Romanos 8.29). Los cristianos son «coherederos con Cristo» (Romanos 8.17). Jesús llegó a ser humano (Hebreos 2.14, 17) con el fin de que la gente pudiera seguir Su ejemplo. Nosotros hemos de vivir *para* Él con el fin de que podamos vivir *con* Él. Él es nuestro hermano mayor que, debido a Su preocupación por Sus hermanos, provee para nuestras necesidades y cuida de nosotros. Nosotros lo miramos con admiración por Su bondad, Su compasión y Su amor.

Por lo general, los niños menores tienen en alta estima al primogénito de una familia. Este por lo general tiene mayor madurez y mayor experiencia, que pueden llevar a discernimientos más profundos y a tener mayores habilidades. Si él se toma en serio su posición natural de honor, puede llegar a ser un modelo a imitar para sus hermanos y hermanas menores. Jesús debe recibir esta clase de respeto de parte de cada uno de Sus seguidores.

Jesús es antes de todas las cosas (vers.º 17a). Jesús tiene naturaleza eterna, pues Él es «desde los días de la eternidad» y era «en el principio con Dios», al existir «antes que el mundo fuese» (Miqueas 5.2; Juan 1.2; 17.5b). Su presencia con el Padre por toda la eternidad pasada significa que Él participa del conocimiento del Padre. Todas las cosas del Padre pertenecen a Jesús, y todas las cosas de Jesús pertenecen al Padre (Juan 17.10). Por esta razón, los cristianos pueden estar seguros de que Jesús es la fuente de todo aspecto de conocimiento que

la Deidad comparte con la humanidad, en relación con la vida eterna (Juan 12.49–50; 17.8).

Jesús tiene el primer lugar (vers.º 18d). Al ser el Creador, el primogénito de toda la creación, al ser antes de todas las cosas y al sustentarlo todo, Cristo tiene el primer lugar en todo. A nadie más se le ha de dar el primer lugar en las vidas de los cristianos debido a quién es Él y debido a Su posición en el universo. Solamente el Padre está por encima de la autoridad de Cristo (1ª Corintios 15.27). Cualquier cosa a la que se le dé prioridad antes que a Jesús, quita a Este Su legítimo lugar. Él está por encima de la humanidad (Juan 17.2), por encima de las autoridades terrenales y celestiales (Efesios 1.20–21) e incluso por encima de los ejércitos angelicales (1ª Pedro 3.22).

Su posición de «primer lugar» se relaciona también con la iglesia, pues Él es cabeza sobre la iglesia (Efesios 1.22–23; 5.23). En todo aspecto de la vida cristiana, los miembros del cuerpo han de considerar a Jesús como la cabeza. El cuerpo ha de buscar en la cabeza el cuidado y la dirección, y la cabeza se preocupa por el bienestar del cuerpo.

Jesús tiene toda plenitud en sí mismo (vers.º 19). Las necesidades de todas las cosas del universo, incluyendo tanto el mundo como los seres celestiales, son llenadas en Jesús. Toda necesidad y aspiración del corazón humano puede hallar realización en Él. Toda la plenitud habita en Él; Él provee lo que sea necesario por todo el universo, sea en el ámbito espiritual o en el ámbito material.

Las obras de Cristo (1.16–18)

Jesús creó todas las cosas al principio (vers.ºs 16, 18b). Él es la fuente de vida y materia. No hay nada en el universo actual que haya llegado a existir sin Él (Juan 1.3). Como Creador que Él es, no es como ninguna representación física que el hombre pueda hacer de Él. Pablo afirmó que Dios no puede ser hecho a partir de materia no inteligente, porque los seres inteligentes deben su existencia a Él (Hechos 17.29). Lo creado no puede jamás ser mayor que el Creador. Por esta razón, la criatura, esto es, la humanidad, ha de adorar al Creador antes que adorar lo que Dios ha creado (Romanos 1.25) o antes que idolatrar lo que ella misma ha hecho.

En Él subsisten todas las cosas (vers.º 17b). Una casa se desmoronaría a menos que tenga algo que la haga subsistir, esto es, que la mantenga sujeta en un solo conjunto, ya sea con clavos o con algún otro medio para que retenga su solidez. Lo mismo se aplica al mundo y al universo que le rodea. Jesús sujeta todas las cosas en un solo conjunto con la palabra de Su poder (Hebreos 1.3). Los que no

tienen a Jesús, tienen dificultad para impedir que se les desmorone su mundo. Los que vienen a Él, encuentran fortaleza interna y reposo espiritual (Mateo 11.28–30).

Él es la cabeza de la iglesia (vers.º 18a). Casi todas las formas superiores de vida necesitan una cabeza para poder funcionar. La cabeza proporciona dirección, control y cuidado al cuerpo. Jesús proporciona lo mismo a la iglesia. El cuerpo ha de buscar en Él

la dirección. Él provee para toda necesidad espiritual de la iglesia por la instrucción a través de la Palabra y por la ayuda a través del Espíritu Santo (Efesios 3.16).

Los majestuosos atributos de Jesús nos dan seguridad de que las necesidades de los que buscan primeramente Su reino, no serán pasadas por alto (Mateo 6.33).

Autor: Owen D. Olbricht
© Copyright 2007 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados